

hay muchos en los infiernos y no les ha valido una higa lo que han escrito. Obras en prosa ó verso que vayan contra las leyes del orden moral ó los sacratísimos dogmas de nuestra santa fe deben ser sin más apelación quemadas, aunque abogara por ellas el mismo Apolo. Es remedio probado contra ese sutil y mortífero veneno del alma, que los hombres de estado, como el Sr. Condestable, deben aplicar cada y cuando fuere necesario para que los súbditos de nuestro católico rey no se pudran y perezcan de la peor de las muertes, es á saber, de la muerte del alma, que es muerte, como no sea por un milagro de la gracia, de difícil resurrección.

—Con todo eso, dijo el Condestable, y aun presuponiendo que su caridad no tenga inquina al marqués por sí mismo, sino por sus obras, por aquello de *parcere personis dicere de vitiis*, que recomendaba nuestro Marcial en uno de sus epigramas, todavía no se me alcanza el parentesco encontrado por su Reverencia entre el marqués y ese príncipe tártaro, recién llegado á nuestra tierra, para envolver á ambos en el mismo anatema.

— ¡Pues ahí verá el Sr. Condestable! respondió Fray Lope. ¿Ha olvidado, por ventura, su señoría aquel común brocardillo, verdadero, como los otros que engalanan, esmaltan y hacen grandemente lacónica, sentenciosa y expresiva nuestra hermosa habla castellana, de dime con quién andas y te diré quién eres? Repare vuestra señoría cómo ese zorrocloco del tártaro, haciéndose el sueco, nos mira y nos remira á hurtadillas y de reajo, sospechando que nos ocupamos en él. En fin, al tiempo. ¡Ojalá me equivoque y sean simples antojos estas aprensiones mías! Pero, si la cara es el espejo del alma, el cielo haga que ese taimado viejo, que tiene herrado en la suya el marchámo de la astucia y la marrullería, no nos juegue á la postre, que es cuando dejan los de su ralea esta suerte de memorias, alguna que sea sonada, porque, á lo que dicen su gesto y trazas, capaz sería de jugársela al mismísimo demonio.

Encendido en santo celo contra las supersticiones y hechicerías, no se sabe hasta donde hubiera llevado el discurso el confesor del rey de no habérselo atajado la presencia del mayor-

domo mayor de palacio que venía á participar á SS. AA. que en la cuadra contigua se hallaba ya colocado en aparadores el presente del emperador Xah Roj.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
~~CONSEJERÍA DE CULTURA~~

CAPÍTULO X.

Del rico presente que mandó al rey D. Juan el emperador de Tartaria.

CON este aviso, después de despedirse de Zoraida que, acompañada del Condestable D. Álvaro de Luna y del mirasa Thermaxerin, se retiró á su aposento, pasaron sus Altezas con los Prelados á ver el presente. Componíase de muchas piezas de camocan, de zarzahan, de setuní, de tabí y de otros paños de muy diversas suertes, de paramentos de finísima seda de color rosado, guarnecidos de chapas de plata, de ellos no pocos engastados de esmeraldas, aljofares y otras piedras finas con borlas de oro en los cabos; de ataifores de sándalo con hileras de rubíes y turquesas en los cantos, de tazas de oro macizo, adornadas por la parte de adentro de jacintos, crisólitos y záfiro, gruesos, redondos y claros con un gran balaj de muy buena

luz en el fondo; de plateles del mismo preciado metal, cincelados ó repujados, y una docena de bacines de plata tirada á martillo. Las arracadas, zarcillos, ajorcas y carcajes eran cosa peregrina de ver, lo propio que las preciadísimas vasillas de porcelana de la China. Luego á seguida descendieron los reyes á un gran corral del alcázar, que daba á los jardines, en el cual se hallaban los alfiles, leones y las otras bestias, que completaban el presente. En estando allí tuvo noticia el rey, de como el Infante acababa de regresar del campo por una puerta excusada del alcázar. El rey, que esto oyó, frunció las cejas con mal encubierto despecho y, habiendo hablado al oído á la reina, se fué derechamente en busca de su hijo, á quien encontró en su cámara dando de comer aliaba á un soberbio tagarote que le habían traído días antes de la isla Alhabiba.

CAPÍTULO XI.

Del coloquio que pasó entre el rey D. Juan y su hijo el infante D. Enrique.

GENTILMENTE te has portado! dijo el rey al Infante en tono de amarga reconvencción. Y luego dirás que en nada me tienen mis grandes, cuando eres tú el primero en faltarme á la obediencia. ¿Olvidaste, por ventura, que te había designado mi Consejo por cabeza de la comitiva que había de ir al encuentro de la gran princesa de Tartaria? ¡Vamos, está visto que quieres matarme á enojos! La corte está escandalizada; no hay quien deje de motejarte. Pregunta al Condestable, preguntale lo que, sin morderse la lengua, murmura todo el mundo de tí.

—¡Que pregunte al Condestable! respondió el Infante con calma glacial, atracando de gorga á su halcón. ¡Siempre con el Condestable! Mejor haría ese buen hombre, que le tiene á

V. A. sorbido el seso, en seguir haciendo su guilla de honores y mercedes, que en meterse en lo que no le importa y buscar los tres pies al gato.

—Al gato maimón, querrás decir, replicó el rey, negro el semblante de ira, al garduño de su propia honra, que no gusta sino de la soledad de las selvas y de las asperezas de los bosques; al que me empobrece y arruina despilfarrando mi hacienda en labrar en el riñón de sus escabrosidades y malezas, pobladas de toda suerte de salvajina, alcázares tras alcázares para encerrarse en ellos con las taifas de desalmados y facinerosos que le hacen compañía, cuando no los tiene apostados en las encrucijadas y veredas para impedir que alma viviente, sino es ellos, tenga acceso á su persona! ¿Y eres tú, rapaz, el que, sin guardar respetos ni miramientos al padre que te enjendró y á tu rey y señor natural, tienes la frescura, por no decir la arrogancia, de echarme en cara la merecida privanza en que tengo al hombre de más prendas y virtudes de cuantos mantiene nuestra tierra, al por todos lados ínclito é insigne repúblico D. Álvaro de

Luna? Acaso sus émulos y enemigos te han calentado los cascos, aposentándote en ellos las calumnias que á diario forjan en su contra, divulgando entre las gentes que cuantos males y daños, disipaciones y trabajos padecen estos reinos por culpa de los tiempos son obra de su tiránica y dura gobernación con gran deservicio de Dios y cargo de mi conciencia ¡Por vida de... que esto pasa ya los límites de mi prudencia!

—Yo no echo nada en rostro á V. A. ¡el Señor me asista! respondió con gesto el Infante, volviéndose á su padre y dejando de administrar al halcón la gorga. Al fin y á la postre lo que hoy hace D. Álvaro, lo haría cualquier otro de vuestros nobles en su caso. No quiero mal al Condestable, sábelo Dios, que me ha de juzgar, sino á sus obras. Hoy es el amo de las cargas y el ojo derecho de V. A.; mañana lo será otro, quizá con menos merecimientos. El privado de hoy se defiende á coces de los que tratan de birlarle el puesto y lo propio hará el de mañana con sus adherentes y apañados. El *quid* está en ver quien se alza con el santo y la limosna y mangas

son pascuas. Así son todos los repúblicos. *Ab uno disce omnes*. No dirá V. A. que encaja aquí mal esta sentencia latina.

—Otras quisiera yo, dijo el rey cada vez más alterado, aplicables á tu vida y costumbres y al respeto que se merecen los padres, que no se te hubieran caído de la memoria.

—Así reverenciaran y acataran á V. A., replicó el Infante, como yo le reverencio y acato, esas cáfilas de merodeadores que á toda hora le importunan y asedian, constriñen y explotan á la sombra del Condestable. ¿Y cómo quiere V. A. que, haciendo la vista gorda, mire con ojos modorros su desapoderada codicia? Á ser yo V. A. no tendría ya aguantes para sufrir á esa taifa de bellacos que trae desasosegado y empobrecido el reino. Pero, perdóneme V. A.; andando las cosas como vienen de atrás, no veo la hora de sacudir la albarda. Con ser de acero acabó trágicamente el rey D. Pedro, víctima de aquella nobleza levantisca, á quien trató en vano de meter en cintura. Cierto que estos son otros tiempos; pero los chornos de aquellos mastines llevan al cuello las mismas carlanças. Echáme en

cara V. A. mi soledad y apartamiento del mundo. Es que quiero pasar la vida sin cuidados, el sueño sin pesadilla, el yantar sin recelo, traer vestimenta sin zozobra de que la inficionen con yerbas, entrar y salir sin sobresalto cada y cuando me venga en gana, en suma, sin que me asalte el temor de ser blanco de las asechanzas y ojeriza de aquellos que, en su afán de mandar, quieren á toda costa la menor cantidad de rey posible. Pues todo esto, y mucho más que me callo por no estirar el discurso, lo tengo yo logrado con retraerme en lugares escondidos ó vagando á mis anchas por sendas solitarias. ¡Oh, y cómo lo entendía el bueno de Horacio! ¿No se le acuerda á V. A. aquella su famosísima oda que comienza *Beatus ille qui procul negotiis?* Pues la aprendí de mi ayo Fr. Lope, y, como venía de molde á mi natural, puedo recitársela de coro á V. A. ¡Ah, soledad, soledad y cuán ignorados son tus encantos!

—Cierto, replicó el rey con sarcasmo, y sobre todo con la honrada compañía que traes.

—Con lobos de otra camada, querrá decir V. A., dijo el Infante. Pues, lobos por lobos,

prefiero los rústicos y montaraces, á quienes contento con unos cuantos arreldes de carne, un azumbre de lo caro y media docena de blancas, á los cortesanos y palaciegos que con piel de oveja se introducen en el aprisco y no dejan res con vida. Siempre se dijo que del buen pastor es trasquilar el ganado, mas no estragarlo y destruirlo. Pero eso era en tiempos en que la grey tenía rabadanes. En resolución: tenga caridad V. A. de este hijo pródigo que, sin haber guardado marranos, preferiría el hacerlo á tener montados en las narices á toda hora á esos egregios repúblicos que, como las sucias moscas, solo clavan el aguijón en los bueyes magros y flacos. Veinte y más coronas, que no la averiada nuestra, renunciaría yo de grado á habérmelas con tal tabarrera.

Estas palabras del Infante dejaron al rey consternado.

—¿Serías capaz, dijo D. Juan, de renunciar mi corona?

—Tiene en estos míseros tiempos tantas quiebras el oficio y hacen los reyes, que se gastan al día, papel tan desairado, que no se

yo quien la apetezca. En otros siglos ¡vaya! la gente no había perdido el sentimiento del deber y, acordándose de aquello de *per me reges regnant*, miraba á los reyes como representantes de Dios en la tierra. Pero ahora *¡quantum mutatus ab illo!* Á dicha buena V. A. está día y noche barajado con su musa y de cuanto pasa en el reino no sabe más de lo que quiere decirle el Condestable. Por de contado que, sin tenerla yo, me acaece dos meajas de lo mismo. Envidia me dan esos monarcas de Oriente que todo lo ven por sus propios ojos y, cuando llega el caso, se toman la justicia por su mano.

Un rayo de luz iluminó la faz conturbada del rey al oír las últimas palabras del Infante.

—Enrique, le dijo con tono blando y suave, siéntate á mi lado y escúchame atento: bien sabes, hijo mío, lo mucho que te amo y mi anhelo por engrandecerte y honrarte. El cielo haga que esos tus bríos de mozo no se te emboten el no lejano día en que tengas que bregar con tus cortesanos. Mas, por malos que se fueren, no eches jamás en olvido aquella cuerda sentencia del sabio Salomón: *Mi-*

sericordia et veritas custodiunt regem et roboratur clementia thronus ejus.

No es toda la culpa tuya del desenfado con que me hablas, sin curarte de poner freno en tu lengua ni reparar lo que dices ni á quien lo dices. Buena parte me toca á mí por no haber reprendido en sazón tus antojos y libertades. Achaque ordinario es este de muchos padres, los cuales, llevados de ordinario de un mal entendido afecto, labran con sus blanduras la infelicidad de sus hijos, cuando, con no disimularles desde niños las faltas más mínimas, afianzarían su bienestar futuro. Pero como nunca es tarde si la dicha es buena, colmada sería la mía si, reducido al cabo por mis consejos, renunciáras de ahora para siempre á la compañía de los malos, los cuales son como el carbón que apagado tizna la mano y encendido la abrasa. Cierra ¡oh hijo mío! tus oídos á sus lisonjas, que esos tales son como los mosquitos que cantan á sus víctimas antes que el agujijón les claven. Dices que envidias á los sultanes de Oriente en razón de su albedrío. Pues en tu mano está, si quieres, ser el rey de Ultramar más poderoso del mundo.

—¿Como es eso? replicó con extrañeza el Infante.

—Pues nada, dijo el rey; casándote con la sin par Zoraida, heredera de Xah Roj, emperador de Tartaria, hijo del gran Tamorlan. No trae su viaje á estos nuestros estados y señoríos otro objeto, por más que te sorprenda, que el de elegir marido, como lo acaba de declarar el truchiman de su embajada.

—Pues si es ese su propósito, á la mía fe, padre, que no va conmigo. No me llama Dios por ahí. Bien lo sabe Vuestra Alteza. Y si no, ahí está la princesa D.^a Blanca. Posible es que con los años mude de parecer y me dé por el amor conyugal. Por lo que ahora hace aun no han echado de menos mis espaldas la costilla de Adan, de que formó Dios á nuestra madre Eva. A mi ver, y al del algebrista con quien consulté el caso, las tengo todas completas. Acaso sea yo una excepción de la regla y fuere ello parte para esta repugnancia mía al sacramento del matrimonio, porque yo veo á muchos que se pasan la vida acomodándose costilla tras costilla sin que ninguna tenga el talle de la que les falta, quiero decir,


casándose una, dos, tres y siete veces y aun setenta veces siete veces cargarían con la gamella á tener fuerza y resuello y consentirlo el breve plæzo de la vida. Padre, por el amor de Dios, no me hable V. A. de casorio, que me tiemblan las carnes, ni que fuera con la mismísima doña Venus, antes querría que me empalasen ó que malos mengues cargaran conmigo.

Quedó el rey con esto tan descuajado que, sin despegar los labios, tomó mohino la puerta de la cámara renegando de su hijo, de sí mismo y aun hubiera renegado en su enojo de la madre que le parió á no amarla de todas veras.



CAPÍTULO XII.

Dónde se declaran los quilates del amor que sentían por la princesa tártara el hijo del rey Saád y el Farfán Aceja.

H misterios del corazón humano! ¡Oh arcanos de la naturaleza, dice al llegar aquí el narrador de esta historia, que lo que el uno rehusa el otro lo apetece y lo que á éste desplace á aquél le deleita y enamora! Mientras el Infante se muestra esquivo á la propuesta de su padre, suspiran por Zoraida el príncipe Abulhasán y el Farfán Aceja. Prendados uno y otro de aquella excelsa dama, solo en un punto coincidía su pasión, en el rigor y vehemencia con que tiranizaba sus corazones. Abrasadas sus entrañas en el fuego impuro del amor, no veía en ella el príncipe de Granada más de lo que caía por de fuera, el ajuste y proporción, la esbeltez y elegancia, la morbidez y tersura de aquella admirable fábrica y de aquel hermoso color

que iluminaba su rostro. Criado el infeliz desde niño en el cénagoso charco del harén, liza perenne de aborrecimientos y de odios, de trampas y de celadas, de rivalidades y querellas, de celos desesperados y rabiosos, de dolores y de lágrimas sin cuento, no era para él la mujer sino prenda vil de sus apetitos sensuales, blanco de sus desabrimientos y desdenes y mísero despojo de su inconstancia y veleidades. ¡Qué mucho, pues, que ni tuviera olfato para oler la deleitable fragancia del pudor, ni gusto para gustar su apacible dulcedumbre, ni ojos para ver aquellos delicados y suavísimos matices con que esmalta las mejillas de las vírgenes en quien tiene su morada! La hermosura, que se lleva tras sí los ojos carnales y enciende el corazón en lujuria, es flor de un día, que aun no reluce, cuando fenecer; es ráfaga luminosa en noche sin luna que á medida que recorre el breve espacio del cielo se la van tragando las hambientas sombras: clavel es sin aroma, alcancía sin óbolo, diamante sin brillo y, en resolución, fuego fatuo que, apenas se divisa y persigue, tira de él la fosa, que le ha dado vida, para ence-

rrarlo de nuevo en su oscuro sepulcro. Otra pasión, no menos avasalladora y tiránica que su apetito sensual, á pesar de aquellas su afabilidad y cortesanía aparentes, que lo hacían á todos amable, era su orgullo satánico. Engreído por las adulaciones y lisonjas cortesananas, ahogábale la soberbia. Como que en estando él en una asamblea de príncipes, todos le parecían escuderos. ¡Bien se sabía el rey Saád, al encarecer la humildad á su hijo, lo menesteroso que andaba de ella! Con esta disposición de ánimo, no hay que decir si abrigaría Abulhasan la duda de triunfar de sus competidores en el corazón de Zoraida.

Su única preocupación era cómo, siendo aquella dama de su ley, había venido á Castilla á elegir marido, cuando en su propia tierra y en las otras del Islám tenía donde escogerlo á su grado. Lo de menos era para él el trono que traía por dote. Aunque menguado el de su padre, y en poder de Mohammad el Ahnaf, preferíalo todavía al de Samarcanda, mayormente cuando, conocida, como lo era, la desmedrada situación del de Castilla, hondamente perturbado por la desatada ambición

de la nobleza, le lisonjeaba la esperanza de engrandecer á su costa un día el de Granada hasta el confín por lo menos del antiguo califato de Córdoba.

De no más finos quilates era el amor que el Farfán Aceja sentía por la dulce Zoraida. Lo que él codiciaba en ella no era solo su belleza, que esta tiene la singular virtud de cautivar á todos, sino la diadema imperial que un día había de coronar su frente. Era la ambición desbordada y sin límites su pasión dominante. Roído su corazón desde niño por esta cruel carcoma, apenas ciñó espada, acarició el loco ensueño de conquistar con la sola fuerza de su brazo el gran imperio de Marruecos. Traíale tan trastornado este pensamiento que más de una vez, atropellando por el respeto que se merecen las canas, apostrofó con frase enconada y dura á sus ancianos é ilustres deudos los Farfanes por no haberse alzado con él, cuando se hallaban al servicio de sus reyes. De lo cual fué buen testigo su propia madre, quien atormentada un día por el pertinaz regomello de su hijo, temerosa de verle engolfado en peligrosas aven-

turas, reconviniéndole dulcemente le dijo:

—¿Pero crees negocio fácil, hijo mío, que aunque por un audaz golpe de mano hubieran podido dar cima los Farfanés á esa empresa desleal y temeraria, habría de haber aguantado en paciencia la morisma la tiranía de un puñado de caballeros que no profesaban su fe?

—¡Valiente reparo! respondió Aceja. ¡Con haber abrazado la suya!

Hasta tal extremo, y á pesar de su sólido adoctrinamiento en la fe cristiana, arrastraba la ambición á este novel caballero, cuyo insaciable corazón, semejante á una escarcela sin fondo, no se veía satisfecho ni con la fama y renombre que le habían granjeado su denuedo y valor en los combates, ni con la afición que le mostraban muchas y muy principales damas de la corte, cautivas de su hermosura, ni aun con la risueña esperanza de llegar á ser, en no lejano día, señor de vasallos y parejo de los primeros próceres del reino, que esto y más hubiera logrado con un ventajoso enlace. ¡Ó ser rey ó no ser nada! Esta era su eterna pesadilla: con ella le rondaba el sueño las orejas; con

ella pasaba en claro las noches; con ella le entraba el día y con ella y por ella alentaba y tenía apego á la vida.

Desazonado su ánimo al ver que el tiempo pasaba sin poner su pensamiento por obra y armado caballero á raíz de estos sucesos, resolvió allegar el mayor golpe de gente que pudiera é ir á ofrecer su espada al emperador de Marruecos. Pero como el hombre propone y Dios dispone, quiso su providencia torcer los rumbos de aquel galán trayendo á Castilla á la princesa tártara. Pues lo que hasta entonces no merecía otro nombre que el de una vana quimera, declarado por el mirasa Jamelique el objeto de su venida, podía de la noche á la mañana tornarse en realidad de caer en gracia á la hermosa Zoraida.

Esta idea estuvo á punto de volcarle el juicio. Seguro de aventajar á todos los gentiles hombres asistentes á la corte castellana, no hubiera abrigado recelo de ser él el elegido por la princesa tártara, á no encontrarse en ella el hijo del rey Saád, único en sus ojos que por su probado valor y varonil hermosura pudiera hacerle competencia.

Y, como el corazón raras veces engaña, recordaba con pena el novel caballero la mirada codiciosa y ardiente del príncipe granadino, que, no sin alteración y enojo suyo, sorprendió aquella mañana clavada en el rostro de Zoraida, cuando, al atravesar los alijares, pasó su palanquín frontero al sitio en que los Abencerrajes se hallaban. Pero no era solo esto lo que más preocupado le traía. El alto estado de Abulhasan, heredero del trono de Granada, y la circunstancia de pertenecer á la secta mahomética, que era también la de la princesa tártara, le colocaban á él, simple caballero cristiano, en situación asaz desventajosa. Cierto que la oración al rey del mirasa Jame-lique parecía denotar que la voluntad de la sultuna Hausada era que eligiese su hija marido entre los príncipes y gentiles hombres de la corte castellana; pero también lo era que el mirasa tártaro había hecho alusión á los presentes á la sazón en ella, lo que, á no dudar, rezaba con el hijo del sultán Sidi Saád. Con todo eso no eran parte estas reflexiones, que hubieran arredrado seguramente á otros de menos bríos que los suyos, para hacerle

cejar en sus propósitos ni desmayar en sus esperanzas. Pagado, como Abulhasan, de sus partes, ansiaba se le ofreciera ocasión de medir sus armas con las suyas. Al considerar que en aquella misma tarde luciría su persona en el torneo de los veinte y cuatro donceles de la casa del rey, armados caballeros juntamente con él en la capilla de palacio la antevíspera de la arribada á la corte de la princesa tártara, torneo que había de tener lugar durante el yantar de sus Altezas con su ilustre huésped, no cabía dentro de sí de gozo, pues, seguro de la victoria, se proponía hacer honra á la sin par Zoraida eligiéndola reina del venidero en uso del derecho acordado al que saliera vencedor en uno de los capítulos de aquel paso de armas.

En estas plácidas imaginaciones se hallaba engolfado el novel caballero, cuando vinieron á sacarle de ellas el doncel Alvar Yañez, mozo de grandes alientos, y su fiel escudero Juan Fortun, hombre ya entrado en años, grave, sesudo y sentencioso, con sus puntas y collares de fisico y algebrista, gran caudal de experiencia y más de encendido afecto á su

amo, al cual, por haberle conocido en mantillas, cuando, ahorcando los estudios, entró á servir á su difunto padre, quería sobre las niñas de sus ojos.

Al verlos parecer el Farfán, comprendió, como era la verdad, que venían á avisarle ser llegada la hora de armarse por estar casi al caer la del torneo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XIII.

En que se describe el festín que tuvo lugar el día del recibimiento de Zoraida.

HABÍA ordenado el rey hacer en los jardines del alcázar un muy rico pabellón de zarzahan á dos colores, amarillo y rojo, tendido sobre maromas de seda rambli en fuertes aros de plata. En el centro de él, frente por frente de su espaciosa entrada, se alzaba el estrado real, vestido de una grande almocela morisca, con cuatro suntuosos asentamientos cobijados por un dosel de camocán, los dos del centro para el rey y la reina y los de los costados para la princesa y el infante D. Enrique. Ascendíase á ellos por siete gradas cubiertas de preciosas alcatifas, desde donde se divisaba muy distintamente la tela en que habían de justar durante el banquete veinte y cuatro cáballeros en arneses de guerra, partidos en dos cuadrillas, de una de las

cuales era jefe el Farfán Aceja. Á una y otra banda del arranque de la escalinata se habían dispuesto para los convidados otros asentamientos bizarramente decorados de gentil tapicería de guadamecí estampado y dorado y delante de ellos retahilas de mesas de preciadadas maderas, taraceadas con variedad de incrustaciones muy maravillosas de ver, aunque aventajase á todas la del estrado real, en la cual se alzaba una muy gentil torrecilla de filigrana de plata, á modo de calahorra ó baluarte defensivo, de no más de cuatro palmos de altura, con puertas, ajimeces y almenas moriscas, esmaltadas de azul y rojo, en cuyo centro ondeaban graciosamente entrelazados unos pendoncillos de tisú con las armas en ellos de los reinos de Castilla y de León y del gran imperio Chagatay. Dentro de la susodicha torrecilla, que por estar hueca hacía los oficios de jaula ó alcahaz, saltaban alborozados lindos pajaritos de variado y pintoresco plumaje, los cuales alegraban en alto contrapunto la sala del banquete con los primores de sus trinos y gorjeos. Á ambos lados de la entrada del pabellón, que era toda su parte

delantera, se hallaban muy bien arreados y galanes con sus mazas de hierro al hombro sin gallones, chapeadas de plata de ley á martillo, los porteros de sala. Repartidos por toda ella, de distancia en distancia, ardían en braseros de plata el alcohó, el alámbar y las renombradas sahumaduras sevillanas. Los tapices y alfombras que cubrían el pavimento, rociados por los reposteros del estrado y mesa con algalia, agua de azahar, de rosas y otras esencias aromáticas, despedían suave y deleitosa fragancia. En cada costado del pabellón se había colocado un aparador suntuoso, labrado de finísimos entalles. Artísticamente colocados veíanse en el de la derecha multitud de platos, plateles, escudillas, azafates y bateas, de oro y plata, de toda forma y hechura, lisos y martillados, con esmaltes y figuras, tazas, almofias, altamias, bacines y escudillas, brocas, tajadores, punjanes y ganivetes y otra multitud de utensilios de mesa que sería prolijo referir. De pie y en cuerpo gentil, aderezados de vistosas aljubillas, se hallaban en fila delante de él los reposteros de la plata con la toalla del manjar al brazo izquierdo y

en la mano del derecho y descansando sobre el pecho el platel que, hecha la salva, habían de alargar á unos muy apuestos pajecicos, cuyo era el oficio de ponerlos en las de los comensales cada y cuando lo reclamase el servicio. Gloria daba de ver á aquellos garridos rapaces, semejantes á rosas en capullo, con sus chupas de bellud carmesí y azul, de amplios y descotados collares, las mangas lisas y sin brahones, sus gregüescos de la propia estofa, ceñidos al muslo, sus calzas de grana á dos colores, sus zapatos de terciopelo de larga punta encorvada con lazos y caireles de oro en los cabos y sus hermosas cabezas, ora desnudas, ora cubiertas con bonetillos y alharemes. El aparador de la izquierda se hallaba repleto de jarros, cuernos de nácar montados sobre pies de oro con engastes de piedras finas, altamias, jarras, ginetes de Salamanca, inias y alflavias catalanas, redomas mallorquinas, de ellas las unas de oro ricamente labradas con flores, cintas y figuras de animales, y de plata, lisa ó cincelada las otras, limetas, vasos y flascos iraquies. Á buen trecho de él veíase al copero mayor, á los dos

botilleros principales y á los mozos encargados de servir la copa al rey y á los demás comensales, todos ellos en traje de gala.

Cerca de la hora de sexta, fijada previamente, en consideración al torneo, para el yantar de aquel día, que de ordinario tenía lugar á la de nona, se cubrieron las mesas de manteles y servilletas de finísimo lino y en cada una de ellas se colocaron por el maestresala y sus oficiales sendos candelabros de plata maciza con cirios de purísima cera y los cuchillos y cucharas, platos, plateles y bateas para arrojar los huesos.

Dispuesto todo y en su punto dióse aviso al rey, el cual, después de ordenar á su guarda mayor que luego incontinenti principiase el torneo, penetró en la sala del yantar en medio del estruendo de los instrumentos músicos, llevando á su derecha é izquierda lujosamente prendidas á la reina doña María y á la princesa tártara, que así brillaba entre las damas, que la servían de cortejo, como la luz de la aurora cuando avanza sobre las sombras. Venían detrás de los reyes el infante D. Enrique, el condestable D. Álvaro de Luna,

los prelados asistentes á la corte, el limosnero mayor, Fr. Lope Barrientos, el príncipe Abulhasan, D. Enrique de Aragón, el marqués de Santillana, el conde de Benavente y cantidad de dueñas, damas y caballeros, así castellanos, como Abencerrajes y tártaros, entre estos los mirasas Thermaxerin y Jamelique. Multitud de curiosos, no invitados al yantar, con el afán de columbrar algo de su magnificencia y boato y de presenciar á la vez el paso de armas, discurrían por los corredores altos y bajos del alcázar, que daban á aquella banda, y por los arriates de los jardines, viéndose no pocos en la misma sala del festín, entre ellos los vates cortesanos, encargados por el rey de amenizar el acto con sus versos, y los truhanes, bufones y locos albardanes, cuyo era el oficio de hacer reir á los comensales con sus trufas y chirigotas. Más nutrida aun, que la que ocupaba las galerías voladas del alcázar y sus jardines, era la muchedumbre de espectadores que se veía en la talanquera que rodeaba la tela, en la cual hacían en aquel instante su primera entrada por las respectivas puertas del palenque las dos

cuadrillas de justadores entre los alborozados aplausos del público, el son de los instrumentos marciales y la algazara y jaleo de los fa-rautes y ministriles, animándolos al combate.

Dada agua perfumada á los reyes, á la princesa Zoraida y al Infante por el mayordomo mayor y á los otros comensales por sus donceles y pajes en aljofainas y jarros de oro para enjuagarse las manos, y recitado el *Benedicite*, que todos rezaron de pie, por el limosnero mayor, se dió comienzo al yantar, echas la salva y reverencia de ordenanza, que se repetían en cada servicio con acompañamiento de música, por albaricoques azucaríes, albérchigos, albacoras, alfofistigos, albudecas, sandías, bergamotas, manzanas xabies, higos xaharies, cotíes, doñigales y brevaes, uvas hebénes y atauvíes, granadas zafaríes y otras muchas frutas de varias guisas á gusto de cada cual.

La diversidad de viandas de carne salvagina y doméstica, de aves de cielo y tierra y de pescados de mar y río, cocidas, fritas ó esparilladas, adobadas con toda suerte de salsamentos ó sazonadas con cubeba, galanga,

grano del paraíso ó bayas de cedro rojo, que tras las frutas sucesivamente se sirvieron, sería harto de decir.

De letuarios, confites y grajeas hubo variedad adunia; catites y alfeñiques de Ecija, alajú de Loja, almibar de azahar y de zumo de membrillos de Córdoba, hostias de alfajor de las Alpujarras, anís y matafalua de Alejandría, alfeloas y acipipes portugueses, adraque de Montpellier, alcorzas y regaifas de Valencia y, amén de ellas, muchas y muy peregrinas figurillas de pasta de azúcar candí, que remedaban gacelas, damas, pavones, faisanes y otros animalejos con sus propios colores y matices, de cuyos cuellos pendían cintas de seda con los blasones de las casas reales de Castilla y del Chagatay. Pero donde el dispensero mayor echó el resto, demás de los vinos generosos de la tierra y extranjeros, fué en los confeccionados con las famosas especias agudas del Oriente, como el machumacete, el hipocrás, el hidromel, el melicrato, el clarete y el nunca bien ponderado y sabrosísimo néctar ó alfajor catalán. Todas estas maneras de aloja sirviéronse á los convidados

en copas iraquíes sobre bandejas de oro con emblemas heráldicos.

Como de ordinario acaece, comenzóse el yantar en el más profundo silencio; pero luego que el vino cocho y el espirituoso de Toro caldearon el meollo de los comensales, se hizo la plática general en cada una de las mesas. Referían por menudo al rey los cortesanos, que le asistían, las ocurrencias y dichos agudos de la gente popular, que había salido al recibimiento de la princesa, la suntuosidad y aparato con que se hallaban toldados los edificios, la riqueza de los trajes, preseas y atavíos de castellanos, mudéjares y judíos, sin olvidar la escena cómica de las juglaresas moras, que le dió mucho que reír. Atajábanles de vez en cuando el discurso los versos graves y entonados de los poetas en loor de la ilustre huéspedea ó los decires regocijados y chispeantes de los truhanes y locos albardanes, entre los cuales sobresalía el bufón Mesrúr por su gracejo y buena sombra, ó el alborozado estruendo de los instrumentos músicos que celebraban la fortuna de los caballeros que justaban en la tela ó, finalmente, las

doctas y razonadas advertencias que el físico de cámara hacía de vez en cuando á SS. Altezas en orden á los manjares que se les servían y al inmoderado uso de las salsas. Gustaba mucho de ellas el rey, con excepción de las aliñadas con almafio, acipipes, orégano, berros y ápio, las cuales, demás del oído y la vista, tienen la singular virtud de aguzar la memoria, porque decía que, con la que Dios le había dado, tenía la sobrada para no poner en olvido los muchos desabrimientos y pesares que había sufrido en la vida.

Pero cuando la animación llegó á su colmo, fué luego que comenzaron á escanciar los comensales, copa tras copa, las alojas y vinos compuestos con pimienta, clavo y nuez moscada ó con aguardiente de uvas cardeniellas ó alfonsinas blancas y negras. Transformóse entonces el palacio, como por encanto, en torre de Babel, pues, con no ser aquel día pascua de Pentecostés, alumbrados los comensales, con excepciones contadas, y roto el freno del temor, *loquebantur variis linguis*, sin que fueran parte á contenerlos el lugar en que se hallaban, el rostro estirado y grave de los pre-

lados, los refunfuños de Fr. Lope Barrientos, y aun la augusta presencia de los reyes y de la princesa tártara. ¡Oh, y qué de chistes se oyeron en aquella hora! ¡cuanto de sal y pimienta! ¡qué partido sacaron los noveles caballeros de aquellos viejos alcoholados, convertidos en zaharrones y botargas sin ser carnestolendas, de sus desvaimientos y chochees, de su lujuria caduca y de sus pujos por parecer enamorados y galanes! Cierto, día fué aquel de medro para los alatares. ¡Qué derroche de almazarrón y albayalde! La adeza y el asfa andaban allí en competencia con las legías para enrubiar los cabellos ó tornar los blancos en negros. ¡Oh enemigo sutil y artero del humano linaje, exclama al llegar aquí el narrador de esta historia, que, envidioso de tu celestial hermosura, procura afearla con sus sucios y asquerosos afeites! ¿Por ventura las obras de Dios, en cuyos ojos todas son buenas, han menester que el hombre las corrija ó perfeccione? Quédense los menjurjes y badulaques para las lumias y cantoneras, pero guárdense de ellos las mujeres honestas, que no quieran enojar al Señor y poner náuseas

en quien las mire. Y vosotros ¡oh viejos y viejas verdes!, si quereis ser verdaderamente hermosos, miraos en el espejo de la vida y reparad que en cada paso de la existencia humana se halla vinculada una faz de su total hermosura. ¿Acaso, con ser distinta su luz, es menos bello el resplandeciente astro del día cuando amanece, que cuando toca al zenit, ó cuando, quebrando sus rayos, declina por el ocaso?

Terminado el yantar, durante el cual no apartó Abulhasan los ojos de Zoraida, grandemente complacida de la suntuosidad del festín y de los agasajos y finezas de que era objeto hasta por parte del Infante que, con marcado gozo de sus padres y extrañeza de todos, estuvo con ella comunicativo y locuaz, y á punto de salir los reyes del pabellón, se oyeron distintamente, dominando los vítores atronadores de la multitud y el ruido estruendoso de los instrumentos músicos, las voces de los farautes proclamando vencedor del torneo al Farfán Aceja. El cual, en las entradas que hizo sobre sus contrarios con los gentiles hombres, sus parcioneros, se mostró mu-

cho más valeroso y ardid que todos ellos, como gran caballero de la brida que era y muy atentado y diestro en todos los actos de las armas.



~~~~~  
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## CAPÍTULO XIV.

De la sala que, terminado el yantar, hicieron los reyes de Castilla.

**V**ENIDA la noche, y pasada que fué la hora de ánimas, hizo el rey sala á todos los grandes y señoras de estado de la corte, que fueron en el recibimiento de la princesa tártara, á los asistentes al yantar y á los gentiles hombres que habían justado en el torneo, en una gran cuadra de madera ricamente toldada con paños de seda morado y amarillo, la cual, por comunicar con el pabellón en que se había celebrado el banquete y con otros muchos aposentos y piezas lujosamente arreadas, parecía casa muy gentil de aposentamiento.

Abrió la danza el rey con la princesa Zoraida, la cual bailó sucesivamente con el infante D. Enrique, el Condestable, el príncipe

Abulhasan y el Farfán Aceja, que se disputaban á porfía el platicar con ella; tan apacible y dulce era su conversación. Preocupado y en ascuas traían á Thermaxerin las galanterías y rendimientos de aquellos caballeros y tan absorbida tenía la atención en ellos que apenas si contestaba por monosílabos á ciertas dudas, que le acababa de proponer D. Enrique de Aragón sobre el astrolabio llano, que más larga respuesta pedían.

Acabada la danza, en que tomaron parte la reina y muchas de las damas y gentiles hombres que en la sala estaban, leyó el rey, que además de bailar, tañer y cantar muy bien, presumía de gran trovador, una muy graciosa poesía en loor de Zoraida, tan honesta y pulcra y de tan sùtiles y acordados conceptos, que por todos fué sin reserva aplaudida y más señaladamente por la princesa, la cual, encendidas en rubor las mejillas y los hermosos ojos puestos en tierra, le expresó en breves palabras su obligación y agradecimiento.

Siguieron á la del rey, y sobre el mismo tema, otros no menos regocijados decires en toda suerte de metros, haciendo en ellos alar-

de sus autores de su lozano estro y de su consumado arte en limar, escandir y medir por sus pies y pausas cada uno de los versos. Tomaron parte en esta justa poética D. Enrique de Aragón, el marqués de Santillana, Juan de Mena y el príncipe Abulhasan, que improvisó en arábigo una casida de las llamadas *monaxaha* (19), la cual, declarada que fué en aljamia por el truchimán de su embajada, valió á su autor los plácemes de SS. AA. y de su grande amigo el infante D. Enrique, las alabanzas de damas y caballeros y, lo que tuvo él aun en mucha mayor estima, las albricias de la princesa tártara.

Mortificado y corrido quedó el Farfán Aceja de tener que renunciar á ellas por su falta de numen poético, aunque, para remediar este mal en lo posible, hizo formal propósito de acudir, luego que terminara la sala, al fecundísimo de Alfonso Álvarez Villasandino para encomendarle un poema en versos de arte mayor, que se dejará atrás, por la alteza de pensamiento, tersura y primor de lenguaje y estilo, á cuanto de más acabado y perfecto se había oído aquella noche.



No quedó el Infante en requiem en estos regocijos, pues, aunque muchos creyeron ver en sus torvos ojos manifiestas muestras de tedio, obedeciendo á una indicación de su padre, interesado con la reina en que se hiciera agradable á la princesa tártara, cantó unas endechas amorosas, acompañándose de la guitarra, que tocaba á maravilla, con tal sentimiento y gusto, que con ser feo de gana, pareció dejar de serlo en aquel punto. Nunca, como en esta ocasión, pudo con verdad decirse, al ver transfigurado el rostro acedo del Infante y aquella su torva y fiera mirada, cuya volubilidad extrema revelaba de ordinario la sorpresa ó la amenaza, alumbrada por una expresión de indefinible dulzura, que la música amansa á las fieras y torna en corderos á los hambrientos leones.

Fué tal el efecto producido en el concurso por la voz del Infante, tan marcada era su expresión de profunda tristeza, que no hubo uno entre todos los oyentes que no se sintiera hondamente conmovido. Lloraron el rey y la reina de gozo, derramaron abundantes lágrimas las damas al oír la letra de aquella

sentida cantilena en que lamentaba el amante la ausencia de su amada, y por las hermosas mejillas de Zoraida rodaron, tamañas como garbanzos, dos líquidas perlas, al recordar que lejos, muy lejos de aquel cabo del mundo, se hallaban las prendas queridas de su corazón, á quienes acaso no volvería á ver. Hasta los caballeros y gentiles hombres, que censuraban á diario la dureza de condición y el carácter áspero y esquivo del Infante, se reconciliaron con él en aquella hora. ¡Cuán cierto es, dice con este motivo el narrador de esta historia, que bajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor, como en las entrañas del pedernal se alberga la piedra preciosa! ¡Y cuán errados andan los que tienen por presupuesto ordinario juzgar á los hombres por la corteza, sin reparar que bajo de ella, como bajo de humildes harapos, palpitan á veces corazones de purísimo oro!

—*Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi*, que dijo Horacio, exclamó Fray Lope Barrientos, reparando que sus Reverencias los prelados de Ávila y Burgos tenían, como él, humedecidos los ojos.

—¿Y quien será esa Guiomar que reza la endecha, que no conozco ninguna entre las damas de la corte castellana que lleve ese nombre? preguntó D. Enrique de Aragón.

—¡Toma! Alguna zagala de los andurriales por donde anda ó de esas ásperas selvas que de ordinario frecuenta su Alteza, que, así como crían hardas y conejos, pueden criar buenas mozas, respondió el conde de Benavente.

¡Y tan buenas y variles que quiebran los corazones!, dijo el Condestable. Y si no aquí está el de Santillana que no me dejará mentir.

—¡Ya, ya, la vaquerilla de la Finojosa!, contestó sonriéndose el marqués.


—Pues á lo que yo entiendo, observó don Enrique de Aragón, esa Guiomar no debe ser hembra de carne y hueso. Hasta ahora, que yo sepa, no le ha dado por ahí el naípe á su Alteza.

—De enamorados, músicos, poetas y locos todos tenemos un poco, dijo Alfonso de Baena, que estaba con ellos en el corro. Y, á lo que pienso, acaece á los músicos, por lo que tienen de artistas, lo propio que á los poetas, que, aun no siendo amadores de ningún ser real, lo son

de uno ideal, que se forjan y adoban á su an-  
tojo, en cuyas altas perfecciones se remiran  
y embebecen, el cual, con ser de etéreas é  
impalpables formas, es la antorcha que en-  
ciende la almenara de su fantasía, el fuego  
sagrado en que se templan sus alas para al-  
zarse sobre la vil materia y batir con ellas los  
aires y volar como águila caudal por el espa-  
cio inmenso y remontarse hasta las inaccesi-  
bles alturas del cielo, abrevadero deleitable y  
purísimo, donde el numen, que en ellos alien-  
ta, liba en copas de oro, engastadas en reful-  
gentes estrellas, el néctar de los dioses y, em-  
briagado y tomado de locura, abrasa sus es-  
píritus y pone en ellos regaladas y sublimes  
inspiraciones y, dando libre suelta á sus len-  
guas, las hace hablar palabras y discursos de  
ángeles.

Llegó en esto la hora de zahorar y servida  
que fué la colación, que rehusaron los Reve-  
rendos prelados y Fr. Lope Barrientos, toca-  
ron los trompetas y ministriles la alborada,  
que se entraba á más andar, ceñida la sien de  
rosas, azucenas y alelís, por las puertas del  
Oriente y, terminada, mando el Condestable,

en nombre del rey, á los músicos y oficiales de armas hacer largueza, retirándose sus Altezas con Zoraida y el Infante, y tras ellos todo el mundo á descansar, excepción hecha del mirasa Jamelique y Fr. Lope Barrientos, el cual, despavilado por la curiosidad de oír las aventuras del antiguo acólito de su parroquia de Medina del Campo, apenas penetró en la antecámara del sobrado, destinado, á petición suya, por el mayordomo mayor de palacio, para posada de ambos, repantigóse en un alto sillón de baqueta y haciendo ademán al mirasa Jamelique para que tomara asiento en el frontero, luego que lo vió en él acomodado, le rogó le refiriera los sucesos de su vida, súplica á que aquel satisfizo, dando comienzo de esta suerte á su relato.



## CAPÍTULO XV.

Donde el mirasa Jameliqué cuenta á Fr. Lope Barrientos los sucesos de su vida en la corte del emperador Xah Roj.

**C**UANDO Alonso Pérez de Santamaría y Ruy González de Clavijo, á quienes servía de paje, dejaron á Samarcanda para regresar á España, estaba dando yo las boqueadas. Pero como nadie se muere hasta que Dios quiere, este sabio físico, que llaman naturaleza, obró tal milagro en mí que, con general asombro, me hallé á los pocos días convaliente del cuerpo, más tan postrado del alma, al verme desamparado en tierra tan apartada de la mía, que mis ojos eran dos fuentes de lágrimas. Tenía por único caudal la traída ropilla que vestía, otra de gala, que me había servido en los recibimientos del Timur, y el equipo de Gómez Salazar que, por haber muerto de peste en Nixaor, nadie quiso cargar con él. Pues á esta herencia forzosa

debí mi futuro encumbramiento, porque entre los otros papeles, que encontré en sus mochilas, halléme con un manuscrito en romance de Pedacio Dioscórides sobre materia medicinal, y como á mí, hijo del mejor alfaceme de nuestra villa, demás de afeitar y sangrar, poner bizmas, vejigatorios y ventosas, extraer dientes y aplicar sanguijuelas, algo se me alcanzaba de la virtud de ciertas plantas, aconsejado por la necesidad, que es aguda consejera, resolví echarme á curandero, y arremetiéndome con el infolio de Dioscórides, hice en breve espacio tan gran caudal de ciencia que, casi de la noche á la mañana, me ví transformado en físico. Si aquellos, á quienes maté mi atrevimiento ó torpeza, hubieran de pedirme el día del juicio cuenta del desaguisado que les hice, no querría yo resucitar por nada del mundo. Sírveme, empero, de consuelo que ni los más estirados maestros en el arte de curar, ni aun los graduados por Salamanca, están exentos de esta culpa. Pero como hace más ruido un vivo que cien difuntos, y más si es persona señalada y de cuenta, quiso mi buena estrella que sacara de las garras de la muerte

al príncipe Pyr Mahommad, nieto del gran Timur, aquejado de unas pertinaces cámaras, que se lo llevaban de vareta. El príncipe, á quien pareció mentira verse con el vientre en caja y en disposición de engullir á dos carrillos, pues era por extremo glotón, no solo grátificó largamente mi asistencia, sino que obtuvo para mí de su tío el Khan el nombramiento de físico de cámara. Esto, y unas fieras almorranas que curé á S. M., quien, con mengua de su realeza, se veía forzado á sentarse de media anqueta sobre los almadraques reales, pusieron el sello á mi reputación. Tuvo este servicio en tanto la emperatriz Hausada, que parecía de amor por su marido, que no se contentó con menos que con ponerme en los cuernos de la luna. Pero llegó al quinto cielo su agradecimiento cuando, hallándose al siguiente año fuera de cuenta y para liarlas, por traer de no sé cuántos días muerta la criatura en la madre, la dejé horra de aquel empacho, sin más que con el cocimiento en agua miel de una hierba, que nuestros populares dicen farfara. Esta nueva cura, de más valor y resonancia que las otras, fuéme galar-

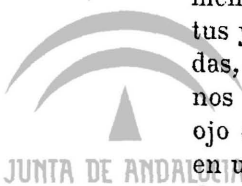


donada por el Khan con el título de profísico de su casa y mayoral de los del gremio de Samarcanda. Creció tanto con esto la fama del elche, como seguían llamándome aquellas buenas gentes, que, rebasando los límites de la metrópoli, llegó hasta las más apartadas ciudades del imperio. Receloso de que mis colegas, muchos de los cuales no podían disimular el enojo que les causaba mi rápido encumbramiento, se conjurasen en mi daño, y considerando que mi único lado vulnerable era mi fe religiosa, resolví hacerme, en la apariencia, celosísimo neófito de la suya, asistiendo diariamente á las horas de la azalá. Mi recogimiento en la mezquita, donde, divertido en mis cuidados, pasaba las horas muertas, llamó de tal suerte la atención de los devotos, que concluyeron por tenerme por santo. Yo, empero, padre mío, nunca abjuré de la fe de Cristo, á cuya misericordia, mediante el patrocinio y favor de su Santísima Madre, andaba siempre encomendado. Resuelto á desorientar aun más á mis émulos y enemigos, apliquéme á estudiar el Alcorán, detestable libro que, mediante el conocimiento que casi

todos los castellá nos tenemos en la lengua aráb iga, barajados como estamos desde niños con los moros mudéjares, tardé poco en tomar de memoria. Hice más todavía: leí sus mejores comentaristas, estudié la Jara y la Zuna, y, en resolución, labréme tal renombre y fama de letrado y teólogo musulmán, que no había embolismo dogmático de que no fuera yo el obligado intérprete. Ni Malik ben Anas, ni los otros trapaceros doctores de la grey moslémica tenían que hacer conmigo.

Era mi posada un continuo jubileo. Consultábanme los alfaquíes, proponíanme dificultades los mestis, aconsejábanse de mí los cadís; aun los mismos alguaciles dejaban en suspenso á veces la resolución de los graves negocios de estado hasta oír mi parecer. Y como todos ellos se hacían lenguas de mi tino y prudencia, sin pretenderlo ni esperararlo, me ví sorprendido un día con un albalá real en que se me nombraba miembro del mezuar ó consejo aúlico. Nada diré á vuestra Reverencia de las visitas que recibía y de las embajadas que me enviaban las damas de la ciudad y de la corte, las unas para pedirme un colirio

para los ojos, enjundias y emplastos las otras para resolver tumores fríos, aquéllas un elixir contra el dolor de muelas, éstas, que eran las más, un remedio para el mal de madre y, finalmente, no faltó alguna que me echara memoriales en solicitud de mi mano, sin otra mira que la de que no se acabara mi casta. Decir á vuestra Reverencia los ensalmos que forjé, las aleluyas que dí, las nóminas que aderecé para acordar los ánimos discordes, remendar descosidos, aventar los malos espíritus y hacer que las estériles quedaran preñadas, sería cuento de nunca acabar. ¡Más cuernos puse yo en pocos años contra el mal de ojo á los niños mamones, que puede haber en una jerquería! Esto de salir á la calle, perdone vuestra Reverencia por Dios! Tenía que hacerlo bien entrada la noche y en disfráz. Elche por acá, elche por acullá, elche por arriba, elche por abajo, elche á todo trapo. Vamos: era cosa de desesperarse. ¡Ni el santo Job con su paciencia heróica hubiera aguantado tanta pejiquera! Todas me llamaban para alguna urgencia. Quien para que recitase una *aleya* á un su niño tomado de alfeliche,



P. C. Monumental de la Alhambra, Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

quien para que resolviera con un guiño un bubón de que estaba inficionado el pobrecito de su marido, quien para parir hijo macho. Si sería yo santo en el magín de aquellas sencillas gentes que hubo noche que, por hacer reliquias de mis vestidos, me dejaron casi desnudo en la calle, viéndome en el trance de tornar á mi posada en el fresco traje de Adán. ¡Y gracias que no regresé á ella hecho un San Bartolomé! Lo que más contribuyó á realzar mis virtudes entre los populares era que yo lo hacía todo de balde y sin baladronar. Ni una humilde empanada, ni siquiera un mísero torrezuo, nada, en suma, que olierá á alboroto que, logró franquear jamás el zaguán de mi casa. Contentábame con las albricias y *laus Deo*.

En este auge de fortuna me hallaba, cuando tuve la suerte ó la desgracia, que no sé como llamarla, de que Quinchicano, que en lengua tártara vale la reina chica, así nombrada por haber sido la más chavala de las mujeres del Timur, un día que fué á visitar á la sultana Hausada, me encontrase en el alcázar y, como observara yo que ponía en mí sus reales ojos, tocado de envanecimiento, clavé en ella con afán

los codiciosos míos y el advertir ella esto y enterarse al punto de quien yo era, dió ocasión para que entrase en su comunicación y trato.

Venía siendo de años atrás consejero íntimo de Quinchicano un cacís, que es como clérigo entre nosotros, que le decían el Hají Sidi Yahyá. Y aun cuando jamás debió pasar por sus merecimientos de simple almocrí, dióse el muy bellaco tales trazas, que fué elevado en breve á la dignidad que tenía. Traíale fuera de sí la codicia de los bienes terrenos. Con esta comezón logró mañosamente ingerirse en la corte y ganar la voluntad de las mujeres del harén y de las más principales damas de Samarcanda, á las cuales, con achaques de piedad, explotaba á mansalva, yendo á parar á sus arcas las cuantiosas limosnas que les sacaba. Nunca vi despensa más provista, ni ajuar mejor arreado, ni más ricos atavíos que los suyos.

—En todas partes cuecen habas, dijo á este punto Fr. Lope Barrientos, interrumpiendo á Jamelique. No andamos, hijo mío, por acá más medrados que en Tartaria. Por fortuna son contados entre nosotros esos raposos de la

viña del Señor que hacen por sí solos más estragos en ella que en un sembrado una nube de langostas; porque es de saber que el vulgo ignorante (y cuento aquí por vulgo no ya á la gente rústica, maliciosa y socarrona de suyo, sino á los que presumen de ladinos y letrados) barajando á los buenos, que son los más, con los malos que son los menos, los hacen solidarios de sus baldieces y villanías. El alma se me enciende en santa ira al ver tanto clérigo trashumante en la corte de España, arrastrando sus hopalandas por las cámaras del alcázar ó las antesalas de los grandes en solitud de alguna prebenda. ¡Bendito Dios y á qué tiempos hemos llegado! Si en mi mano estuviera, ya daría yo su merecido á esa cáfila de intrigantes simoniacos que, olvidados de quien son, á fuerza de zalemas, cuando no media el soborno, hacen granjería de su ministerio, poniéndolo en baldón en los ojos mismos de aquellos cuyo favor y valimiento mendigan. Busque el destino al hombre y no el hombre al destino, que medios tienen los reyes y sus ministros para enterarse por los preladados de quienes por su ciencia y virtud

son dignos de merecerlos. Y no digo nada de las fullerías y teje maneje del cacis con las damas de Samarcanda, que tampoco falta por acá alguno que otro que, so color de religión, vive y medra á costa de las cuitadas. Pero ve adelante con tu relato, porque llagado de estas desaposturas, nunca sabría dar de mano á mis querellas.

Sucedió, pues, que entre las altas señoras de la corte, cuya caridad tenía secuestrada Sidi Yahyá, figuraba en primer término la ex sultana Quinchicano, la cual tuvo un día la flaqueza de confiarle la inclinación que por mí sentía, y como viera el mal hombre en ella el fenecimiento de sus explotes y socalinhas, dió tortura á su ingenio, y entre las otras tachas, que adujo para perderme, le dijo saber de ciencia cierta por haberme visto desnudo un día en el baño, que continuaba siendo yo tan elche como el padre que me enjendró. ¡Qué se diría en la corte, exclamó escandalizado, al ver casada nada menos que á la viuda más linda del gran Timur con un incircunciso!

Cayó esta revelación como un rayo sobre

Quinchicano, pero era tanto el amor que me tenía, que llenos los ojos de lágrimas rogó al cacis que á nadie comunicara el secreto. Prometióselo aquel protervo, más apenas se vió en la del rey, tirando la piedra y escondiendo la mano, hizo que uno de sus seides produjera ante el cadí la denuncia.

No era pasada una hora, cuando andaba la nueva en lenguas de todo el mundo. Muchos de los que hasta aquella fecha saludaban con veneración al favorito de la reina Hausada, imaginando eclipsada mi estrella, al reparar en mí, hacían semblante de no verme. Ni faltó quien, con deberme sendos favores, escupiera gargajeando al pasar á mi lado. Y á todo esto sin que yo me diera razón de aquellas bellaquerías. Por ventura no fueron ingratos todos los que habían recibido de mí mercedes. Contábase entre ellos el cadí, el cual, habiendo venido aquella noche de secreto á mi posada, me dió cuenta del caso, añadiendo, al reparar en la palidez y desencaje mortal de mi rostro, que estuviera ó no retajado, él haría que declarasen estarlo los peritos que habrían de reconocerme, y que



por lo que á él tocaba había de dar sentencia absolutoria con todos los pronunciamientos favorables, amén de hacer pechar al denunciador con las costas é indemnización de daños y perjuicios, cuya sentencia daba ya por pasada en autoridad de cosa juzgada y por ejecutoriado de ahora para siempre hallarme yo tan circunciso como el mismísimo Mahoma. Este oficio nuestro, añadió el Cadi, tiene mucho en que entender. Por lo general los jueces, tenidos por rectos y timoratos, pegan su criterio moral, como lapa á la roca, á la letra muerta de la ley y á las tituladas pruebas auténticas del proceso, sin parar mientes en que muchas veces se adoban con su cuenta y razón á gusto del consumidor por el alfaquí cartulario; y como yo veo en esta denuncia el desamor de alguno de tus émulos que, con el afán de perderte, no repara en meterse en tan sucias interioridades, aunque adujera más testimonios que pelos tengo en la barba (y la tenía asaz luenga y espesa), la justicia demanda que á ambos os la haga cumplida, sin tener para nada en cuenta lo que te debo, sino lo que á mí mismo me

debo, como dispensador que soy de ella en nombre de Dios. Bien sé que no falta ahora alguno que otro cadí, que tiene por supuesto dictar sentencia en pro del mejor postor ó darla á trueque de ascensos y galardones; pero eso no vá conmigo, que sé tengo de morir y que con la vara que mida, con esa he de ser irremisiblemente medido.

Agradecí en el alma al cadí la voluntad que me mostraba, besándole muchas veces las manos, que humedecí con mis lágrimas. Terminadas á los tres días las diligencias sumariales, inclusa la de reconocimiento del cuerpo del delito, y corriendo la causa sus trámites legales, á los quince pronunció el cadí sentencia absolutoria en los términos susodichos, y aunque se alzó el denunciador de ella, declaró en nueva providencia no haber lugar al recurso, por no haberse presentado en tiempo, con lo que quedó ejecutoriado mi retajamiento. La alegría que la nueva produjo en Quinchicano, solo es comparable al despecho y rabia que causó en Sidi Yahyá, al cual le dió tal inflamación en las quijadas, que no le quedó hueso sano en la boca. Y no

paró aquí su desgracia, pues, hechas públicas sus trapacerías, perdió su nutrida clientela, viéndose obligado á dejar á Samarcanda é irse con la música á otra parte.

Pasados que fueron dos días, contraje matrimonio con Quinchicano delante del mismo cadí y de dos alfaquies de la mezquita del alcázar, á cuya ceremonia asistieron los sultanes, en calidad de padrinos, y no pocos de aquellos mismos cortesanos, que, al creerme caído, me habían vuelto las espaldas.

Venturoso fué el año que pasé con mi mujer, á quien, á pesar de sus preocupaciones, reduje al gremio de nuestra fe, bautizándola por mí mismo con el nombre de Costanza, que era el de mi madre. Es más; encarecíle tanto esta bendita tierra de Castilla, que la puse en ganas de conocerla, pero cuando arreglados nuestros equipos estábamos á canto de emprender la marcha, tomóle una fuerte calentura, que al cabo de tres días se la llevó al sepulcro. Quebrantóme de tal suerte el ánimo este cruel contratiempo, que resolví venirme á España renunciando mi alta jerarquía, pero la reina Hausada, á quien comuniqué mi pro-

pósito, no tuvo á bien consentirlo, por tener convenido con el Khan, su augusto marido, nombrarme ayo de su única hija la princesa Zoraida Yanguasaga, y, para más obligarme, añadió que desde aquella hora entraba en el desempeño de mi cargo.

Contaba á la sazón la princesa cinco años, revelando su hermosa alma tan precoces disposiciones, que no es para dicho el fruto que saqué de ella en poco tiempo. Era un portento de memoria y un modelo de discreción. Su avidez por saber me servía de poderoso acicate y estímulo, como acaece á los celosos maestros con sus buenos discípulos, para estudiar yo más y tener más que enseñarle. En resolución; en los años que cuenta, que aun no son los diez y siete, se sabe á la perfección la gramática, la retórica, la lexicografía, la historia y la cosmografía; canta como un ruiseñor, haría competencia, si viviera, al famoso Isac de Mosul y aun al mismísimo Ziriab en esto de pulsar los instrumentos músicos, señaladamente el harpa y el laud, y platica y escribe, como el mejor pendolista, á más de la suya, varias lenguas, entre ellas la arábi-

ga y la nuestra castellana, como habéis tenido ocasión de oír.

Pero no paró aquí la solicitud de la sultana Hausada. Teniendo en cuenta que al dar Dios compañera al hombre, se la dió, no para licenciada ni doctora, sino para que fuese la ecónoma y gobernadora de su casa, tomó á su cargo y tan á pechos el instruir á su hija en todas las faenas y quehaceres domésticos, que, si por contratiempos de la vida llegara un día á dejar de ser lo que es, nada le vendría grande.

—De persona de seso es eso que me cuentas, dijo fray Lope, y mucho más de aplaudir cuando la que lo pone por obra es nada menos que una reina. El alma se me cae á los pies al considerar el error de aquellas madres que, sin tomar consejo en la experiencia, crían á sus hijas con tal mimo y regalo, que de todo se hacen dengues y melindres. Antojáseles que con pulsar el laud, cantar una jácara, hacer unas piruetas ó recitar de coro una trova, son todo unas damas hechas y derechas. Pues con saber eso, es como sino supieran nada. Enséñeselas á administrar su

hacienda, á manejar la aguja y á ser atalayas y veedoras de cuantos las sirven, y no haya miedo de que falte el pan en la mesa, ni que el marido y los hijos anden descosidos, ni en requiem y modorros los criados, ni la casa por barrer. La boca me duele de recomendar á las madres de familia estas virtudes domésticas; pero, hijo, como si predicara en desierto; por un oído les entra y por otro les sale. ¡Cuán pocas son las que, reparando en la inconstancia y veleidad de la fortuna y en que el rico de hoy es el pobre de mañana, crían y educan á sus hijos como Dios manda! Mas basta de interrupción y continua tu relato.

—He dejado para la postre, dijo Jamelique, lo relativo á su educación religiosa, fundamento de todas las demás enseñanzas. Desde que me penetré de las felicísimas disposiciones de la princesa, concebí la idea de instruir-la, en cuanto se me alcanzara, en los misterios de nuestra fe y de reducir, á ser posible, al gremio de la santa iglesia de Cristo su alma nobilísima, mostrando en sus ojos la falsedad de la abominable secta mahometana, que profesa su nación. Puesto por obra, con

la cautela y sagacidad que eran menester, este mi pensamiento, no se hicieron esperar sus frutos, pues es tan encendido su amor á Jesucristo y tan extremada y tierna su devoción á Lela Marien, que es como llaman allí á la Virgen María, y son tales sus ansias por conocer las prácticas de nuestro culto, que abrigo la esperanza de que en no largo plazo ha de entrar ese ángel en la tierra en la grey de los elegidos.

Dios lo haga, dijo fray Lope. Que en ella hay buenas disposiciones, no hay dudar. Tal es el común sentir de cuantos han oído la breve oración que ha tenido al rey en el acto del recibimiento. Pues, á pesar de esto, no las tengo todas conmigo. Tiran mucho los padres, y yo hallo por experiencia que son raros estos saltos mortales de una á otra fe, cuando son sinceros. Esto no quita para que yo pida al Señor en el Santo Sacrificio de la misa asista á esa excelsa dama con los tesoros de su gracia.

—Pedidle también, replicó Jamelique, que la ilumine para que escoja, de entre los caballeros de la corte, uno que sea merecedor de

tan preciadísimas joyas. Ya sabéis que no es otro el propósito que nos trae á estas apartadas tierras. Si Dios, Nuestro Señor, en su inefable misericordia se dignase oír nuestros votos y llegara á sentarse en el trono de Tartaria un príncipe católico, no tardarían aquellas sencillas gentes, tomando ejemplo en sus reyes, de abrazar en masa la fe de Cristo.

Aquí dió fin á su historia el mirasa Jamelique.

—Nada me has dicho de ese príncipe tártaro que os acompaña, dijo fray Lope. Hágote esta pregunta, por que, desde que le eché el ojo, parecióme pájaro de mal agüero. Nadie más que tú, que debes de conocerle á fondo, puede borrar de mi ánimo la prevención en que le tengo.

—En cuanto á conocerle á fondo, difícil cosa me parece, respondió Jamelique. Es el tal Thermacherin, uno de esos zorros curtidos en años, que rara vez ó nunca muestran el hopo. De mí sé decir, que no se lo he visto en el tiempo que llevo de tratarle, que no va más allá del en que dió comienzo nuestro viaje, durante el cual ha estado tan cortés y



afable conmigo y tan rendido y solícito con nuestra augusta señora la princesa, que no había más que pedir. Recien nombrado alhagib ó alguacil mayor del emperador Xah Roj, supe por referencias que es indio de nación, que allá en Palibotra, su ciudad natal, perteneció á una cofradía de Brahmanes, que entrado al servicio de Tartaria fué *Dina* ó alcalde mayor en Samarcanda, de donde, á la muerte del Tamorlán, pasó de gobernador general al Jorasan, cargo que ha desempeñado hasta su reciente elevación al que hoy tiene. De público se dice que es un sabio de tomo y lomo y que en esto de las artes mágicas, astrológicas y adivinatorias, muy en boga en su tierra, es tan consumado maestro, que puede poner cátedra en el mismo infierno.

—¡Y qué narices las mías!—exclamó el confesor del rey.

Al llegar aquí se presentó uno de sus familiares, preguntando á su Reverencia si pensaba decir misa en la parroquia, á lo que contestó el santo prelado afirmativamente, ordenándole que dispusiera el recado y mandara dar los toques.

## CAPÍTULO XVI.

De las fiestas y comportes con que agasajaron los reyes de Castilla á la princesa tártara y de la rivalidad de sus enamorados, el hijo del rey Saád y el Farfán Aceja, con lo demás que verá el curioso lector.

**E**N los días que se siguieron á la entrada de Zoraida en la villa de Arévalo, no cesaron los comportes, agasajos y placeres con que procuraban festejarla los reyes, ya cazando en los campos con galgos y podencos, ya en las riberas con azores yalcones, ya corriendo cintas y cañas, ora lidiando toros bravos, ora celebrando alardes, carreras y asaltos de esgrima con espada, lanza y dardo, amén de otros muy regocijados y vistosos juegos de manos y de trepares. Andaban en competencia en estos ejercicios los unos con los otros, moros y cristianos, pero nadie de entre ellos aventajaba en habilidad y destreza al príncipe Abulhasan y al Farfán Aceja. Lo que más placía á Zoraida era ver-

los cabalgar con sus escuadras á la gineta, ejercicio propio de escaramuzas y algaradas, ó sobre corceles encubertados á la castellana con ricos arreos y espléndidos aparejos. Dulce y afable con todos, parecía serlo más la princesa tártara, al decir de los émulos del Farfán y del hijo del rey Saád, con estos dos caballeros. Cierto que gustaba de jugar con ellos al ajedrez, nobilísimo pasatiempo muy en boga á la sazón y en el cual era muy perita la ilustre dama; pero en ésta, como en otras diversas maneras de esparcimientos, terciaban también el infante D. Enrique y otros galanes de la corte, sin que se le ocurriese á nadie decir nada parecido. Tuvieran, ó dejaran de tener, estas cavilaciones fundamento, en lo que no había dudar era en que el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja se bebían los vientos por Zoraida y que en puja uno y otro por ganar su corazón, hacían los imposibles. Iba en esto tomando tal vuelo la malquerencia de aquellos galanes, que en los ojos del menos avizor saltaba, que, si en público hacían semblante de mirarse bien, no estaba lejano el momento en que con la



JUNTA DE ANDALUCÍA

CC-0. Monumental de la Alhambra y Generalife  
BIBLIOTECA DE CULTURA

más liviana ocasión, arramblando por todo miramiento y respeto, se fuesen á las manos, como estuvo á punto de suceder un día. Con efecto, obra de una milla del parque del alcázar se hacía un dilatado y frondoso bosque, cerrado de altos tapiales, donde por disposición del infante D. Enrique y con el fin de tener próxima la caza, se había soltado toda suerte de salvajina, traída de otros lugares más ásperos y agrestes. Aquí fué donde se retrajo el Infante, cuando la entrada en Arévalo de la princesa.

En uno de los días posteriores á este suceso, invitada por el Infante, fué la corte de caza á aquel sitio, dándose comienzo á ella por una muy brava batida con alanos, lebrelles y sabuesos, que los ojeadores y monteros hicieron por los extremos de la selva á fin de asombrar á las fieras y arredrarlas á los diversos sitios en que se hallaban respectivamente apostados su Alteza, el príncipe Abulhasán y el caballero Aceja.

Todas las piezas que cada uno de ellos cobraba, eran luego á seguida presentadas á la princesa, la cual, en compañía de los reyes,

del Condestable y de otros muchos grandes de la corte, ocupaba en el prado del alcázar, por la parte aledaña al bosque, un muy gentil cadalso, vestido de ricos paños franceses. Sucedió, pues, que perseguido por unos alanos un formidable oso, cuando se hallaba á canto de entrarse por un espeso jaral, término divisorio del terreno acotado á Abulhasán y al caballero Aceja, con recelo de que fuera á dar la fiera en jurisdicción de su adversario, empujados de su codicia y sin tener aguantes ni pararse en barras, le dispararon á una sus venablos con tan fina y certera puntería, que fueron los dos á clavarse en su pecho. Abalanzáronse prestamente ambos caballeros al lugar en que había caído con las copagorjas en la mano por si había necesidad de rematarlo y como llegáran á él en un punto, puestos en presencia el uno del otro, comenzaron á hacer valer su derecho, primero con palabras mesuradas y blandas, luego con otras descomedidas y crudas, y finalmente, con tan enconadas y acerbadas, que, á no promediar el Infante, que acudió al clamor de la querrela, la gira venatoria hubiera rematado en sangre.

—Esa pieza, dijo el Infante en llegando, iba ya mortalmente herida por uno de mis dardos. Reparad si nó el que tiene clavado en los hijares. En ley de montería mía es y no vuestra. Y sin alegar otras razones, ni esperar respuesta á la dada, mandó á sus criados que la levantaran y fueran con ella á ofrecérsela en su nombre á la princesa.

Díjose entre los monteros que, cuando más encrespados se hallaban Abulhasan y el Farfán Aceja, silbó por los oídos de éste una saeta arbolada, la cual fué á hincarse en un roble que tenía á las espaldas, y aun no faltó quien asegurara, por la dirección que traía, que la mano aleve que la había disparado, fué la del bufón Mesrúr.

Así lo pensó también el príncipe de Granada, el cual, luego que el Infante le departió del Farfán Aceja, volvió á ocupar su puesto. Salióle al encuentro Mesrúr, haciéndole, como de ordinario solía, sendas zalemas y zapatetas; pero de tan negro humor estaba el hijo del rey Saád que, pegándole un fiero empellón, le hizo rodar buen trecho por los suelos.

Sea por estar avezado el mezquino á esta suerte de caricias ó por tener el pellejo curtido á palos ó por haber caído en blando, es lo cierto que, haciendo del cuerpo arco, con ademán suplicante y sumiso, se fué á gatas hacia el príncipe y llegado que hubo á sus pies, como can que lame la mano del amo que acaba de castigarle, los cubrió de besos, exclamando con voz ahogada por los sollozos: no hay fuerza ni poder sino en Dios Altísimo; en Él confío, en Él espero. Y como la mansedumbre tiene la virtud de desarmar la ira, calmóse la de Abulhasán, aunque no queriendo dar al bufón muestras de desenojo, fruncido el entrecejo y con semblante hosco le dijo:

—¡Por la Santa Caaba!, largo de ahí, golfín, camello.

—Chacho, corcillo. ¿Te ha picado la mosca?, preguntó el bufón que, á través del aliñado gesto del príncipe, echó de ver que se le había templado el enojo.

—Y de asno jorobado y gofo, contestó el príncipe. ¡Por Mahoma!, ganas, so charrán, me dan de estrangularte.

—Pues al avío, chacho. Para las granzas que saco de esta arrastrada vida, nada, con perderla, pierdo, replicó el bufón. Al fin y á la postre, después de muerto, ni viña ni huerto. Con que venga el cordelillo y á la paz de Dios. Y qué bien decía aquel alcalde indio, cuyos servicios gratificó tu tío Mohammed Alaisar empalando al pobrecillo: en los ríos, en la gente armada, en los animales de garras ó cuernos, en las mujeres y en los sultanes y sus alguaciles, nunca hay que fiar. ¡Oh, y qué de ingratos produce este pícaro mundo!

—Y de malandrines y deslenguados bellacos, dijo Abulhasan.

—A buen seguro, replicó cada vez más sereno Mesrúr, que digas eso por mí.

—Por tí y por tu mala ralea, respondió el príncipe.

—¡Aprieta manco!, dijo el bufón. ¿Y qué tiene que hacer conmigo mi parentela? ¡Ah! ya caigo; á lo que barrunto, quiéresme recordar que enforcaron á mi abuelo por cuatrero. ¡Pues su alma en su palma! Mal año para los albeitaes. En él perdieron al hombre más largo en bestias que jamás se vido. Nunca se



dijo de él que robára rocín con muermo, albardón con ajuagas, ni hamelgo con esperavanes. ¡Y qué ojo avizor el suyo! De noche era y distinguía el bayo del alazán y el cuatralbo del bialbo sin antiparras ni anteojos. ¡De su olfato, no se diga! Con aplicar las narices á la zaga de un mulo y sin meterse en más averiguaciones, jamás le marró la natura. ¿Y de su tacto? ¡Vamos, tan fino le tenía, que con pasar la mano á un caballo por el lomo sabía de qué pie cojeaba! Dígalo sinó la gran lumia de mi abuela, que en gloria esté. ¡Más mataduras le hizo por sus renqueos, que muecas él cuando le ahorcaron!

Y si no es por mi abuelo, diráslo por mi padre, por aquel bendito varón que oía y veía nacer la yerba y que, por no ir contra su cepa ni desmentir su casta, siguió los pasos del que le enjendró, aunque por otro arrecife. ¡Y qué devoto era su merced! A toda hora, bien se me acuerda, estaba en la mezquita con los ojos en la alquibla y el pensamiento y las manos en las faltriqueras de los fieles. Es tanto el frío que hace en nuestra tierra, que el pobrecillo las tenía siempre arrecidas.

¡Y que le empalaran por tales niñerías!

—¡Por Allah, eso merecerías tú, hijo de tal padre! dijo Abulhasan. ¿Sabes, liarte, añadió, si he menester yo de ayudas para despabilar á nadie?

—Chacho, vamos á cuentas, respondió el bufón. Eso que dices, como si lo viera, lo dices por lo de la saeta. Que me hagan tajadas si no son hablillas esas de gente que mal te quiere. Y para que te persuadas, que reventes tú y tu padre, si no digo verdad.

—¡Habrá truhán!, exclamó colérico el príncipe. ¿Con que reventemos yo y mi padre? Por Dios, que no sé como no te despanzuro de una coz.

—¡Vaya unas entendederas! ¡Por viche!, digo yó. Eso fuera bueno, de no ser verdad lo que digo; pero en siéndolo, como lo es, no hay tales carneros. ¡Querer yo nada malo para tí ni para el bueno de tu padre, cuando os tengo sobre las telas del redaño! En dientes de adives me vea, de cuervos sea comido, y que mal rayo me parta, si por agravio lo dije.

Fueron tantas las protestas de Mesrúr y las

maldiciones que se echó encima por sincerarse del atentado que le achacaba el príncipe, que concluyó por creerle, ó por aparentar que lo creía á puño cerrado. Sonaron en esto las bocinas de los monteros tocando á retirada é incorporándose Abulhasan con Mesrúr á la comitiva del Infante, regresaron al alcázar.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## CAPÍTULO XVII.

Del memorial que presentaron al rey D. Juan el Farfán Aceja y once fijosdalgo, sus parcioneros, para celebrar torneo en arneses de guerra con otros tantos caballeros, castellanos, Abencerrajes ó tártaros.

**T**ERMINADA la caza, llegó la hora del yantar y luego de concluído hizo sala el rey, como de costumbre, comenándose la danza. Estando en ella, y á la sazón de acabar de bailar Abulhasan con la princesa tártara, parecióse de improviso el Farfán Aceja con otros once gentiles hombres, armados todos en blanco, y haciendo muy discreta y humilde reverencia al rey y besados que hubieron los pies y las manos de su señoría, por medio del faraute Escamilla, asistido de un notario de la corte, para que diese fe del acto, presentó el memorial que se sigue.

Muy alto y poderoso señor: Digno de toda

loa y encomio ha sido siempre en esta, como en las otras cortes extranjeras, el solemnizar los grandes y faustos acontecimientos con toda suerte de comportes, placeres y gasajados; y codicioso yo, con estos nobles caballeros, todos ellos, fijosdalgo de limpia sangre, de demostrar á la sin par Zoraida, ilustre heredera del gran imperio de Chagatay, el acendrado amor y afinamiento que los que rezan al pie de esta escritura profesan á su belleza, en mi nombre, como principal mantenedor, y en el de estos generosos, discretos, valerosos caballeros y leales amigos míos, vasallos y naturales vuestros, suplico á V. A. nos dé licencia para celebrar torneo en arneses de guerra y batallar y combatir en el día, hora y lugar, que designar le plazca, y con sujeción á los capítulos que acompaño, con igual número de caballeros cristianos, moros ó tártaros, que quisieren venir en ello. Otrosí digo: que habiendo salido vencedores yo y los bravos compañeros míos, aquí presentes, en el torneo habido el día del solemne recibimiento de la princesa y alcanzado por premio de la victoria, según declaran las estipulaciones de aquel

paso, el derecho de elegir la dama que de presidir hubiese en calidad de reina el primero en que fuésemos mantenedores, llegado, como es, el caso de ejercitarlo, los infrascriptos, de un acuerdo y conformidad, á una voz, mancomunada y solidariamente, elegimos y nombramos para tan alto puesto y envidiable dignidad á la muy cumplida, muy hermosa y graciosísima señora, la princesa Zoraida Yanguasaga, hija del gran emperador de Tartaria, en cuyas preciosas manos, luego que sea acordada por V. A. esta nuestra petición, con su soberana venia y beneplácito, le será entregado, juntamente con la corona de hojas de laurel, el anillo místico que ha de poner en el dedo del corazón de la mano derecha al venturoso caballero que, con el favor de Dios y el de sus buenos ojos, salga vencedor de la tela.

Un murmullo de aprobación se oyó por todos los ángulos de la sala. Con todo, no pocas damas palidieron al verse postergadas por el Farfán; de mil colores puso el semblante á otras el despecho y aun no faltó quien, murmurando entre dientes, dijese por

lo bajo á la que tenía á su lado: ¡Vaya por Dios, que de fuera vendrá quien de casa nos echará! Pero hay que decir en honor de las más, que la elección fué bien recibida, pues lo contrario hubiera sido fea conducta y muy censurable descortesía.

Luego sin más dilación dió lectura muy cumplidamente el notario real á los capítulos porque había de regirse el torneo, que fueron los usuales y ordinarios en esta suerte de paso de armas. Terminada que fué, entró el rey en Consejo con sus grandes señores y encontrando muy acordado y puesto en sus cabales el Memorial del Farfán Aceja y de sus compañeros de armas, considerando que debía conceder y otorgar la licencia demandada, la concedió y otorgó efectivamente. Acto seguido y por mandato de S. A., en presencia suya y en la de los miembros de su Consejo, hizo el faraute pregón dentro de la sala, diciendo en alta voz:

Sean todos los caballeros y gentiles hombres aquí presentes ó que fuera de aquí estuviesen, así súbditos y naturales de S. A., como de los otros reinos y naciones, cristia-

nos, moros ó tártaros, como su Real Majestad, que Dios glorifique y ensalce, acaba de dar licencia al muy noble y esforzado caballero D. Tristán Aceja, comunalmente conocido por el Farfán, y á los otros sus once valerosos parcioneros, para acometer la empresa que pretenden de aquí á tres días, á contar desde mañana, en los alijares de esta villa, desde la hora de tercia á la de sexta, guardadas las condiciones que en los capítulos de suso declarados se contienen, los cuales no podrá añadir, mermar, suplir ni enmendar persona alguna, sea cual se fuere su calidad y estado, inclusa la sagrada del rey, nuestro señor.

Dado fin al pregon, y despojados de sus almetes el Farfán y sus compañeros, subieron unos tras otros las gradas del estrado real, donde, sentados en sendos tronos y teniendo á su derecha á Zoraida, estaban el rey y la muy ilustre, muy esclarecida, virtuosa y discreta señora la reina D.<sup>a</sup> María, y en nombre de todos dió el caballero Aceja las gracias más cumplidas á S. A. por la señalada merced que acababa de otorgarles. En seguida,



tomando la corona y el anillo, que un lucido pajecico traía en una bandeja de oro repujado sobre un cojín de terciopelo carmesí, hincado el hinojo derecho en tierra, hecha una profunda reverencia y besado que le hubo humildemente los pies, los puso en las manos de la princesa, la cual, encendido el rostro y sin ser poderosa á abrir los labios, tan grande era su emoción, significó al Farfán su gratitud con una dulce mirada.

Cuando el caballero Aceja descendió por la última grada del estrado con ánimo de abandonar la sala con sus compañeros para desarmarse, se le acercó el príncipe Abulhasan y, alargándole la mano derecha, le dijo con rostro alegre y en voz baja:—Espero tener la honra con once de mis Abencerrajes de medir mis armas con las tuyas y las de tus camaradas.

Á lo cual contestó el Farfán en el mismo tono y con no menos visible alborozo: ¡Loado sea Dios que habéis aceptado el reto!

Acto seguido encargó el hijo del rey Saád á su alguacil Abenamar, que diera una lista al faraute de la calidad y nombre de los once

gentiles hombres de su escuadrón, que habían de acompañarle.

Aunque nadie oyó las breves razones que pasaron entre aquellos caballeros, todos comprendieron, desde el rey al último de los asistentes á la sala, que el príncipe granadino había aceptado el duelo del Farfán.

—¡Será de ver el torneo!, se decían regocijados los unos á los otros, conocidos el empuje y bríos de los combatientes.

—Y tan de ver, dijo D. Juan de Merlo, que se hallaba en un ángulo de la cámara con el maestresala del rey, Mosén Pero Osorio y otros palacianos, que, como Dios no lo remedie, no ha de salir uno de los dos vivo de la tela. Al que, como yo, hubiese presenciado la reyerta de esta tarde entre estos caballeros, no le sorprenderá, cierto, el vaticinio.

—Lo que más me admira y adarva, dijo Mosén Pero Osorio, es que, por la futeza de si fué fulano ó zutano el matador del oso, vayan estos dos galanes á romperse la testa.

—No es esa la madre del cordero, dijo Pero de Briones. hijo del camarero mayor del rey, terciando en la conversación. Lo que hay es

que esos gentiles hombres, chalados, como están, por la princesa tártara, se estorban mutuamente y, como ni el uno ni el otro aguantan cosquillas, arden en impaciencia por quitarse de enmedio, ahorrando perplejidades á la dueña de su pensamiento.

—Eso es suponer, dijo D. Juan de Merlo, que esa noble dama no solo muestra afición á esos caballeros, lo que no veo yo claro, sino lo que es más, que, como suele decirse, no sabe á que carta quedarse.

—Pues que no le choque á vuestra señoría, replicó Pero de Briones. No es otro el común sentir de las gentes. Y si no, observad como clava ahora la princesa los ojos en el Farfán, que, después de desarmarse, acaba de regresar á la sala con sus compañeros en traje de corte. Y, sin embargo, aun no es pasada una hora que la veíamos conversar y bailar con el príncipe de Granada.

—Vamos, no hay que exagerar las cosas, dijo D. Juan de Merlo. Siempre fué achaque de galanes hacérseles los dedos huéspedes. Lo que yo veo es que la amabilidad de esa dama alcanza por igual á todos. Quien la

viera en estos momentos, como la estamos viendo, engolfada en conversación con el Infante, diría de él con más razón acaso de lo que á tí se te antoja del príncipe de Granada. Nunca hay que juzgar de las cosas por las apariencias.

Diálogos semejantes á éste, en que se comentaba el suceso de largo y tendido á gusto de cada cual, los había en otros corrillos de la sala. Lo que sí era de notar es que á todos los asistentes, damas y caballeros, les devoraba ya la impaciencia pensando que aun habrían de pasarse tres días antes de solazarse en aquel sangriento espectáculo.

Varias personas había en la sala, á más de los prelados de Ávila y Burgos y de fray Lope Barrientos, á quienes contrariaba el torneo: los reyes, que no veían con buenos ojos que el caballero Aceja ó el príncipe Abulhasan se llevasen la palma, que codiciaban para su hijo; Zoraida, porque no habiendo dejado de reparar en la voluntad, que aquellos caballeros le mostraban, y en la ojeriza que por ella se tenían, la angustiaba el temor de que se matasen por su causa; y el mirasa Ther-

maxerin, porque, en la firme creencia de que la princesa les correspondía, se le antojaba ser llegada la hora de la elección de esposo entre los dos pretendientes.

Terminada la sala, retiróse Zoraida á sus cámaras, acompañada, como de costumbre, por sus tres damas y el mirasa Thermaxerin, el cual, dadas las buenas noches, se dirigió á su algorfa.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

---

## CAPÍTULO XVIII.

En que se dá sumaria noticia del saber satánico de Thermaxerin, de sus celos y de su plática nocturna con Cholpamalaga.

**L**UEGO que penetró en ella, acomodóse en un sillón de alto respaldo y á la luz de una almenara comenzó á hojear con febril inquietud el *Ghaya tel-Hakim* de Maslema ben Ahmed, el Madrileño. Pero tan versado estaba en la magia, que, á pesar de ser aquel libro espuma y nata en su género, poco ó ningún provecho debió sacar de su lectura. Y ¿cómo, sabiéndose, como se sabía de coro, los escritos de Ibn Nahxiya, los libros de los siete astros, los de Tomtom, el indiano, sobre las figuras de los grados y constelaciones, los de Chaber ben Haïyan, el *Tadil el caguaquib* del susodicho Maslema, el *Tich* de El-Bettaní, el *Sirr el Maktum* de Fajr ed-din ibn Aljatib y el famoso *Janceriya* (20)? Maestro graduado en nigromancia labraba con ma-

ravilloso artificio imágenes de trapo, cera ó metal para hechizar á las gentes y confeccionaba filtros y brevajes para volver locas á las mujeres y hacer mangas y capirotos de su honestidad y recato. Presto siempre para el mal, nunca se dijo de él que hiciera nada en bien de su prójimo. Jamás sacó á nadie los enemigos del cuerpo, ni desligó á los ligados, ni desató las nubes preñadas de pedrisco, ni aventó las nieblas, que estragan los frutos y sementeras, ni mató langosta, ni destruyó el pulgón, que daña los panes y seca las viñas.

Eso de llamar al diablo, haciendo un cerco en el suelo con tizonas de carrasca ó con cisco de tamarindo, pasado por tamiz, ó de hacerle parecer en el agua de un lebrillo, de una alfojaina ó de una redoma ó en la vislumbre de las uñas, era cosa baladí, propia solo de nigromante neófito. No se contentaba con menos que con traerlo, cuando se le antojaba, á su presencia para conversar familiarmente y mano á mano con él.

En el arte de los prestigios no tenía quien se le pusiera delante. Fantásticamente y á su antojo transformaba la naturaleza y era tal su

influjo satánico sobre la imaginación de quien se proponía fascinar, que le hacía ver cuanto forjaba la suya. Demás de esto, bastábale señalar un objeto con el índice de la mano derecha para quebrarlo; mirar de hito en hito un vestido para hacerlo girones; murmurar entre dientes un conjuro para transformar á los hombres en bestias. Como los Bachin reventaba con solo un guiño á los brutos animales, haciéndoles caer el mondongo por los suelos. Carecía, empero, como aquellos, del poder de quitar la vida á las personas horas de servidumbre; mas ¡ay del mezquino, blanco de sus iras, de ser esclavo! Con solo querer, le quebraba el corazón y aun haciále saltar del pecho sin dejar rastro en él de su existencia. Pero no se limitaba á esto su saber satánico: entre sus otros secretos diabólicos, poseía el de revestir formas juveniles, mostrándose en los ojos de la que quería perder con los atractivos y hechizos de los mancebos galanes. En el arte talismánico había tocado la meta. Pues con todo esto, y ser conocedor profundo de los números simpáticos *Rak* y *Rafd*, que tienen la secreta virtud de fundir



en una las voluntades discordes, no había logrado amalgamarse la de Zoraida, inocente y cándida paloma, que no se recelaba, que traía por servidor á un milano; el cual, creyendo ver en el amor, que mostraban á su ama el Farfán y el hijo del rey Saád, el fenecimiento de su codiciada ventura, resuelto á no soltar la presa de las garras, quiso contrastar de nuevo sus celos llamando á Cholpamalaga, con quien celebraba de vez en cuando entrevistas nocturnas. Poniendo por ejecución su deseo, asomóse Thermaxerin al ajimez de la algorfa y haciendo sonar por tres veces un silbo, no tardó en acudir la dama de la princesa, transformada en lechuza.

Era Cholpamalaga en perversidad y finta émula de su maestro. Celosa de Zoraida, hablábala siempre, solapada y artera, en el tono del que bien ama, cuando tan malamente la quería. Sabrosas y dulces como la miel brotaban las palabras de sus labios, cuando eran rejalgares adobados en ponzoña; aparentaba meterla en las entrañas, cuando se hubiera tajado un brazo por ver despedazadas las suyas; la adulaba, besuqueaba y la cubría de

extremos amorosos, cuando, de haberle valido, la hubiera consumido en sus manos. En resolución, hacíale á toda hora rostro de risa, pero era la del conejo; porque al contemplar su resplandeciente hermosura, sin serle dado poner un lunar en ella, se moría á chorros desesperada y rabiosa. Lamentábase aquella sierpe de no tener el don del mal de ojo para hacérselo á su ama; pero dolíale aun más el tenerla que encarecer á diario las prendas de su antiguo amante Thermaxerin.

—Sábetete, oh Cholpamalaga, dijo el mirasa, enderezando el habla á la lechuza, que se había posado á guisa de alcándara sobre el palo en que remataba el espaldar de un sillón frontero al que él ocupaba, que estamos en el principio del fin. En el torneo, que de aquí á tres días ha de celebrarse, se decidirá de mi suerte. Si á lo que pienso, Zoraida ama á esos dos caballeros y anda en su elección indecisa, evidente cosa es que escogerá por esposo al que de ellos salga vencedor de la tela. ¡Oh mi bien, oh mi dueña, oh cara y dulcísima amiga mía!, tú que, sofocando el encendido afecto que me tienes, trabajas